el AGUA en las MANOS

M. A. Alcalde

GOLPE de ESTADO AÑO 2.000

Colección TEATRO 733

EL AGUA EN LAS MANOS
Y
GOLPE DE ESTADO AÑO 2000

EL AGUA EN LAS MANOS

(ACCION DRAMATICA EN UN ACTO)

Y

GOLPE DE ESTADO AÑO 2000

(ACCION DRAMATICA EN UN ACTO)

ORIGINAL DE

MANUEL ALONSO ALCALDE

ESCELICER

COLECCION

TEATRO

Premio Nacional de Teatro

© 1972, by MANUEL ALONSO ALCALDE.—Editada por ESCELICER, S. A., Comandante Azcárraga, s/n., Madrid. Reservados todos los derechos.—Los representantes de la Sociedad General de Autores de España son los únicos encargados de autorizar la representación o adaptación de esta obra.

Depósito legal: M. 30.995-1972 Printed in Spain

ESCELICER, S. A. — Comandante Azcárraga, s/n. — Madrid-16

EL AGUA EN LAS MANOS

Esta obra fue estrenada, en sesión de Teatro de Cámara, en el "Ateneo" de Madrid, el día 24 de abril de 1961, con el siguiente

REPARTO

EMBAJADOR	*Gabriel Llopart.*
REFUGIADO	*Fernando Guillén.*
SECRETARIO	*Pedro del Río.*
EMBAJADORA	*Esperanza Grases.*

Dirección: MANUEL DICENTA; decorados de RICHARD, realizados por Ríos; luminotecnia: MANUEL GALLARDO; attrezzos: MATEOS.

Epoca actual; país imaginario; izquierda y derecha la del espectador.

El día 26 de septiembre de 1970, en "Sesión de Noche" de Primera Cadena, espacio "Pequeño Teatro", fue estrenada, en versión televisiva, en TVE, con el siguiente

REPARTO

EMBAJADOR	*Angel Picazo.*
REFUGIADO	*Emilio Gutiérrez Caba.*
SECRETARIO	*Mario Alex.*
EMBAJADORA	*Irene Daina.*

ACTO UNICO

Rincón en el amplio "hall" del edificio de una Embajada. Para mí, como autor, es suficiente con que haya por la escena un par de sillones, un mueble bar, el arranque de una escalera, dos puertas que conducen a las habitaciones interiores y otra que se abre al exterior y, en lugar destacado, un ventanal practicable provisto de cristales emplomados. El resto de la decoración no es cuenta mía. Durante todo el acto, sirviendo como fondo a la representación, deberá hacerse oír un rumor de voces y gritos, como de una muchedumbre excitada que se hubiera aglomerado en la calle ante el edificio de la Embajada. Naturalmente, la intensidad de las voces es variable y debe atenerse a los cambios que se señalen en las acotaciones del texto.

(*Al levantarse el telón, solo en escena el* EMBAJADOR. *Es un hombre de mediana edad, de aire deportivo y ademanes cuidados. Cuando le vemos por primera vez, se halla hundido en un butacón sin prestar excesiva atención al ruido de la gente de fuera. Transcurren unos momentos. Por una de las puertas, que puede ser la de la derecha, aparece el*

REFUGIADO POLÍTICO. *Es casi un muchacho. Su aspecto resulta deplorable. Lleva barba de varios días y un traje muy maltratado. El* EMBAJADOR, *al darse cuenta de su presencia, se levanta. La escena que sigue debe tener un aire ligero que, paulatinamente, irá cambiando hasta llegar a su máxima tensión en el momento oportuno.*)

EMBAJADOR.—¡Ah! ¿Ya está usted aquí? Me alegra verle. (*Observa atentamente al recién llegado.*) Pero ¡si resulta que es usted extraordinariamente joven! Créame si le digo que anoche aparentaba usted mucha más edad. Cuarenta años lo menos. (*Le invita a sentarse y los dos lo hacen.*) ¡Qué cambio tan formidable! Ni usted mismo podría reconocerse ahora. (*Ofrece su pitillera.*) ¿Fuma?

REFUGIADO. (*Tomando un cigarrillo.*)—Sí, gracias.

(*Encienden sus cigarrillos y fuman.*)

EMBAJADOR.—No hace falta preguntar si ha descansado bien.

REFUGIADO.—Maravillosamente. Como que hoy todo parece distinto. ¿Cómo diría yo? Más nuevo. Incluso el mundo tiene otro color.

EMBAJADOR. (*Sonríe.*)—¿De rosa?

REFUGIADO. (*Sonriendo también.*)—Pues algo parecido.

EMBAJADOR.—¿Ha almorzado ya?

REFUGIADO.—También.

EMBAJADOR.—Pero, en cambio, esa ropa... ¿No di orden de que pusiesen a su disposición algo más presentable?

REFUGIADO.—Ha sido culpa mía. Me resisto a resultar excesivo. (*Con un punto de irónico humor.*) Por otra parte, ¿no cree usted que haría mal papel vestido de otro modo? Desde anoche soy un refugiado político, no lo olvide. Una víctima de la revolución.

EMBAJADOR. (*Sonríe.*)—¿Después de un sueño de quince horas?

REFUGIADO.—¡No me diga que he pasado quince horas durmiendo!

EMBAJADOR.—Se lo aseguro. Ni una menos.

REFUGIADO.—Pues creo que desde niño no había llevado a cabo una hazaña parecida.

EMBAJADOR.—Y la hazaña, según veo, le ha reconciliado con la existencia. ¿O no es así?

REFUGIADO.—Oh, sí. Me siento como si acabase de nacer.

EMBAJADOR.—Conozco el fenómeno. Ocurre siempre que se atraviesa un mal momento. Algo podría yo contar acerca de esto. Porque yo también estuve en la guerra. Claro que, la nuestra, fue una guerra de otra clase.

REFUGIADO. (*Serio.*)—Sí. Y con otro final. ¿Sabe usted dónde he pasado los últimos días? En una ventana del Palacio Presidencial, detrás de unos sacos terreros, con un fusil entre las manos.

EMBAJADOR.—El último reducto.

REFUGIADO.—El último. Tres días sin comer, sin dormir, con un arma en las manos. No éramos muchos allí, pero todos estábamos dispuestos a defender hasta el final aquel edificio. Bueno. Lo que quedaba de él. Entonces no me hubiera importado morir. En absoluto, créame.

EMBAJADOR.—¿Qué edad tiene usted ahora, si me permite la pregunta?

REFUGIADO.—Veinte años.

EMBAJADOR.—Comprendo.

REFUGIADO. (*Exaltándose gradualmente.*)—Pero de pronto... Nunca se sabe cómo ocurren ciertas cosas. Alguien, uno de los nuestros, gritó: "¡El Presidente ha huído!", y se puso a blasfemar y a llorar, y todos comprendimos por qué lo hacía. El Presidente se había escapado, ¿comprende? Mientras luchábamos por él. Y yo también blasfemé y lloré. Luego tiré el fusil. ¿Para qué lo necesita-

ba? Y salí a la calle. Y corrí. (*Pausa.*) Lo que todavía no comprendo, es cómo pude llegar hasta aquí sin ser reconocido.

EMBAJADOR. (*Con el mismo tono ligero que ha mantenido hasta el momento.*)—Tal vez a causa de la barba.

REFUGIADO. (*Sin recoger la broma.*)—Tal vez. Lo he olvidado todo. Lo único que recuerdo es que tuve miedo. ¡Miedo! Y eso que unos minutos antes, sólo cinco minutos antes, estaba dispuesto a dejarme matar. ¿Usted lo entiende? (*Otra pausa.*) Debía parecer un loco.

EMBAJADOR. (*Riendo.*)—No tanto...

REFUGIADO.—Y es que lo estaba... Loco de asco. Porque, a veces, uno puede volverse loco de asco.

EMBAJADOR. (*Serio.*)—Sí.

REFUGIADO. (*Obsesionado con la idea.*)—Mientras luchábamos por él. ¿Se da cuenta? Todavía tengo sangre en las suelas. He pisado sangre de mis propios amigos. (*Ha clavado en el suelo la mirada. Y pronuncia la palabra siguiente en voz muy baja, como si la mordiese.*) Huyó.

EMBAJADOR.—Todo eso pertenece ya a la historia. Es mejor que lo olvide.

REFUGIADO. (*Como hablando consigo mismo.*)—Hemos sido vencidos. Y me alegro. No merecíamos triunfar. ¿Qué clase de hombre era? ¿Cómo pudo escapar mientras nosotros...?

EMBAJADOR.—Es usted demasiado joven para entenderlo.

REFUGIADO.—Ellos también lo eran. Los que cayeron.

EMBAJADOR. (*Empieza a preparar un whisky.*)—Deje eso. Le hará bien. ¿Un whisky?

REFUGIADO.—No. O si no, sí. Gracias. (*El* EMBAJADOR *deposita otro vaso sobre la mesa. A continuación extrae del mueble bar una botella, las pinzas y un cubo con hielo. En este momento, los gritos de la calle adquieren una súbita intensidad. El* REFUGIADO *repara, de pronto, en ello.*) ¿Qué significan esos gritos?

EMBAJADOR. (*Tratando de desviar su atención.*)—Nada importante. Alguna manifestación, supongo. La borrachera de la victoria. (*El* REFUGIADO *hace intención de levantarse y dirigirse al ventanal.*) Quédese donde está. Será mejor para usted.

REFUGIADO. (*Sorprendido e inquieto.*)—¿Por qué?

EMBAJADOR. (*Sin responder a la pregunta.*)—¿Hielo?

REFUGIADO.—Está tratando de ocultarme algo. (*El* EMBAJADOR *no le mira. Pone hielo en los vasos.*) Por favor, excelencia.

EMBAJADOR.—Beba.

REFUGIADO. (*Con inquietud creciente. Refiriéndose a los gritos del exterior.*)—He oído mi nombre.

EMBAJADOR.—Es posible. Son sus enemigos. No los míos.

REFUGIADO.—Dígame lo que ocurre.

EMBAJADOR.—¿Para qué? No es nada nuevo. Ya hace tres horas que empezó la fiesta.

REFUGIADO. (*Comprendiendo.*)—Vinieron por mí. (*El* EMBAJADOR *no responde.*) ¿Era eso? (*Suplicante, aterrado.*) ¡Pero usted no puede entregarme! ¡Esto es una Embajada extranjera!

EMBAJADOR. (*Empezando a tomar posiciones.*)—Mi país le protegerá cuanto sea posible, desde luego. Le ampara a usted el derecho de asilo.

REFUGIADO. (*Tranquilo en parte.*)—Claro.

EMBAJADOR.—Unicamente que han surgido ciertas complicaciones. (*Un gesto de inquietud en el* REFUGIADO.) Oh, no hay motivo para alarmarse todavía.

REFUGIADO.—¿Todavía? ¿Qué quiere usted decir? ¿Por qué no habla de una vez?

EMBAJADOR. (*Después de una pausa.*)—Está bien. Pero no olvide que es usted quien lo ha exigido. Yo sólo trataba de...

REFUGIADO.—Siga.

EMBAJADOR.—Debió usted ser un hombre importante. Políticamente, quiero decir.

REFUGIADO.—Deje eso.

EMBAJADOR.—Porque los revolucionarios no se conforman con que usted se les vaya de las manos. Saben dónde se encuentra usted. Lo han localizado. Ignoro cómo ha podido ocurrir, pero lo saben. Hace unas horas, mientras usted dormía, se presentaron aquí. Querían que yo le entregase inmediatamente.

REFUGIADO.—¡Y usted se negó!

EMBAJADOR.—Naturalmente. Conozco mis deberes.

REFUGIADO. (*Entre aliviado y sorprendido.*)—Entonces, ¿qué pueden contra mí?

EMBAJADOR.—Por el momento, nada. Sólo por el momento. Porque ¿sabe usted lo que han hecho? Rodear el edificio. (*Ante un gesto del* REFUGIADO.) Sí, amigo mío. Aunque parezca extraño, nos han sitiado. Y algo más todavía: nos han amenazado con asaltarnos. (*Levantándose y dirigiéndose al ventanal, que entreabre.*) ¿Quiere verlo?

REFUGIADO. (*Niega con la cabeza, luego dice.*)—Pero, ¿qué es lo que pretenden?

EMBAJADOR.—Puede figurárselo.

REFUGIADO.—Es absurdo. Completamente absurdo. Ellos no pueden ignorar que una Embajada...

EMBAJADOR.—Claro que no lo ignoran. Por eso han hecho llegar a mis manos su ultimátum. (*Toma un papel.*) Una osadía sin precedentes. Pero oiga lo que dice: (*Lee.*) "Si a las tres en punto de esta tarde no nos han entregado ustedes al ..., aquí su nombre y los adjetivos de siempre..., este Comité declina toda responsabilidad sobre lo que pueda suceder. El pueblo pide justicia y nada ni nadie será capaz de detenerlo, etc." Lo que sigue carece de interés. Pura retórica demagógica.

REFUGIADO.—A las tres.

EMBAJADOR.—Sí, amigo. Dentro de treinta y cinco minutos.

REFUGIADO.—Quiere usted decir...

EMBAJADOR.—Yo no. Son ellos los que han dicho. Sólo treinta y cinco minutos. Si para entonces no han recobrado a su hombre —usted—, intentarán hacerlo por la fuerza. Porque estoy convencido de que, si el caso llega, cumplirán su amenaza.

REFUGIADO. (*Abatido.*)—Sí.

EMBAJADOR.—Están borrachos de odio. Ha habido una guerra.

REFUGIADO.—¿Y usted qué ha decidido? ¿Entregarme, para evitar complicaciones?

EMBAJADOR.—Creo que lo ha escuchado. Nada ni nadie será capaz de detenerles.

REFUGIADO.—Dígame lo que piensa.

EMBAJADOR.—En realidad, no lo sé todavía.

REFUGIADO.—¿Entonces?

EMBAJADOR.—No, entiéndame. No quiero decir que no haya tomado mis medidas.

REFUGIADO.—¿Puedo saber...?

EMBAJADOR.—Sí, ¿por qué no? Desde hace tres horas, estoy esperando órdenes del Ministerio del Exterior de mi país. Puse un radio pidiendo instrucciones.

REFUGIADO. (*Desencantado, irónico.*)—Ah...

EMBAJADOR. (*Justificándose.*)—Hágase cargo. Yo no podía adoptar una decisión por mi cuenta. Se trata de un asunto extremadamente delicado y...

REFUGIADO. (*En el mismo tono que antes.*)—Ya.

EMBAJADOR.—Si los revolucionarios irrumpiesen en esta casa violando nuestro derecho de extraterritorialidad, las consecuencias podrían ser muy graves... (*Tratando de aliviar la tensión del momento.*) Pero no se inquiete. Tengo un hombre pendiente de la radio.

REFUGIADO.—Supongo que sí. Y también que la respuesta llegará a tiempo.

EMBAJADOR.—Oh, desde luego. Sobre este punto puede usted

estar tranquilo. Respondo de la eficacia del Departamento.

REFUGIADO. (*Encarándose con su interlocutor.*)—Pero, ¿qué dirá la orden?

EMBAJADOR. (*La pregunta le ha cogido de sorpresa. Y se turba ligeramente.*)—Pues, en realidad...

REFUGIADO.—No se le había ocurrido pensar en ello, ¿verdad? No es su vida, sino la mía, la que está en juego. Usted ya ha dejado a salvo su responsabilidad y, lo que pueda ocurrir después, no es cuenta suya. (*Se va exaltando, sus palabras toman un tono cáustico.*) Para usted, la cuestión se reduce a esperar unas instrucciones. Y, entretanto, ¿por qué no beber unos vasos de whisky? ¿Hay algo que lo impida? ¿Qué le importan a usted los revolucionarios? Con usted no va nada. Son mis enemigos, no los suyos.

EMBAJADOR.—Quizá esté usted llevando las cosas un poco lejos.

REFUGIADO.—Seguramente... (*Pausa.*) ¿Ha presenciado usted un linchamiento? ¿Algún negro, tal vez?

EMBAJADOR. (*Molesto.*)—Oh, no siempre ocurren las cosas como la propaganda pretende hacer creer.

REFUGIADO.—Yo sí. Yo he visto a un hombre devorado por una turba gritadora. Y también su cadáver, abandonado en medio de la calle. Era como si le hubiese pasado por encima un rebaño de vacas. Como si hubiese sido pisoteado por diez mil pezuñas. ¿Comprende? Pero quizá su querido ministro del Exterior tampoco sepa mucho acerca de esto.

EMBAJADOR.—No veo la necesidad de hacer desagradable nuestro diálogo...

REFUGIADO.—No, desde luego.

(*En el mismo tono.*)

EMBAJADOR.—...porque, incluso suponiendo lo peor, no hay razón para pensar que las cosas fueran a ocurrir como usted las imagina. (*El* REFUGIADO *levanta la cabeza, sorprendido, esperando las palabras de su interlocutor.*) El nuevo régimen tiene también sus tribunales. Justicia revolucionaria, pero justicia, al fin y al cabo.

REFUGIADO.—Sí, sí, ¡sí!... Justicia y tribunales. Me sé todo eso de memoria. Pero lo cierto es que ellos (*Por la gente de la calle.*) están ahí, reclamando su presa. Póngame en la puerta y verá qué ocurre.

EMBAJADOR.—No pienso hacerlo.

REFUGIADO.—¿Y sabe usted, por casualidad, lo que opina su Ministerio?

(*Ríe nerviosamente.*)

EMBAJADOR.—¿De qué se ríe?

REFUGIADO.—Pensaba. (*Pausa larga. Con ironía muy acusada.*) Mi suerte en manos de un hombre que esta misma mañana ni siquiera sospechaba mi existencia... ¡Su Ministro del Exterior! ¿Qué sabe él acerca de mí? ¿Qué sabe usted?

EMBAJADOR.—No se trata de eso.

REFUGIADO.—Claro que no. Para ustedes yo no soy un hombre lleno de miedo, que defiende su vida, sino un problema. Y quizá, desde su punto de vista, tengan razón. Una bala que hubiera tropezado ayer conmigo, y el problema nunca habría existido. Pero no ocurrió así. Y aquí me encuentro, estropeándole el día. A lo mejor, incluso debería decir que lo siento.

EMBAJADOR. (*Seco, a tono con la ironía.*)—No es necesario.

(*El* REFUGIADO *pone la cabeza entre las manos y queda en silencio, abatido. Se tapa los oídos para no escuchar el griterío de fuera, que le turba visiblemente. En este mo-*

mento, descendiendo por la escalera, aparece el SECRETARIO. *El* EMBAJADOR, *al verle, se levanta con viveza.*)

SECRETARIO.—Excelencia...
EMBAJADOR. (*Con ansiedad.*)—¿Hay noticias?
SECRETARIO.—Acaba de llegar un despacho.
EMBAJADOR.—¿Lo han pasado al departamento de cifra?
SECRETARIO.—Sí, excelencia.

(*El* EMBAJADOR *se detiene un momento como para advertir al* REFUGIADO *de las novedades. Pero lo piensa mejor y decide no hacerlo.*)

EMBAJADOR.—Vamos allá.

(*El* EMBAJADOR *y el* SECRETARIO *se dirigen a la escalera, suben por ella y desaparecen. Durante unos momentos, el* REFUGIADO *permanece solo en escena, en la misma actitud. Por una puerta, la de la izquierda, entra silenciosamente la* EMBAJADORA. *El* REFUGIADO *tarda algunos momentos en apercibirse de su presencia. Al fin, al darse cuenta de que no está solo, se pone en pie.*)

EMBAJADORA.—Siéntese, por favor. (*El* REFUGIADO *obedece. Ella le imita.*) Le he oído charlar con mi marido y no me pareció prudente intervenir. Una embajadora tiene que ser discreta. (*Sonríe.*) Lo da la profesión. (*Pausa.*) Ayer nos saludamos. (*El no dice nada.*) ¿No recuerda?
REFUGIADO.—No.
EMBAJADORA.—Es natural. Estaba muy cansado. Apenas se sostenía en pie.

REFUGIADO.—Tres días sin dormir.

EMBAJADORA.—¡Qué espanto! ¿Cómo pudo resistir eso?

REFUGIADO.—A veces uno se olvida de pensar en sí mismo.

(*El* REFUGIADO *vuelve a quedarse abstraído. Ella calla, pero al cabo de unos instantes inquiere.*)

EMBAJADORA.—¿Le ocurre algo?

REFUGIADO. (*Como despertando.*)—Perdón. Me distraje.

EMBAJADORA.—Le preguntaba si hay alguna cosa que le preocupa. Pero me doy cuenta de que era una pregunta bastante ingenua para un hombre que ha pasado una guerra.

REFUGIADO.—No pensaba ahora en ella.

EMBAJADORA.—¿Quizá en su familia?

REFUGIADO.—Tampoco. No la tengo. Todo lo que me queda son unos cuantos amigos. Pero ni siquiera estoy seguro de que esto sea así. ¿Cómo puedo saber si viven todavía?

EMBAJADORA.—Lo siento. (*Un silencio. La* EMBAJADORA, *refiriéndose a la muchedumbre del exterior, añade.*) Es por esa gente, ¿verdad? (*El* REFUGIADO *afirma con un gesto.*) Yo nunca vi nada tan horrible. Creo que si continuasen ahí mucho tiempo, acabaría volviéndome loca.

REFUGIADO. (*Suavemente, conmovido sin saber por qué.*)—Vienen por mí. Es a mí a quien buscan. Y quizá sería lo mejor entregarme y acabar de una vez.

EMBAJADORA.—No diga esas cosas. Es usted casi un niño. No debe hablar así.

REFUGIADO.—Un niño... ¿De veras lo cree? (*Va exaltándose por grados, obsesionado por su idea.*) No, señora. He envejecido cien años en una sola noche. Cien años enteros. Hay sangre de mis amigos en mis zapatos. He pisado la sangre de mis amigos. Su sangre, ¿se da cuen-

ta? (*Como dirigiéndose a sus amigos.*) Y ¿para qué, tontos? Era el jefe. "Mis juventudes", nos decía. Y se escapó mientras les deshacían sus juventudes a cañonazos. Míreme bien...

EMBAJADORA.—Dice usted unas cosas horribles.

REFUGIADO.—...toda una vida deseando morir por la causa. Anoche, todavía lo deseé.

EMBAJADORA.—Cálmese. Está temblando.

REFUGIADO.—De horror y de asco. Tengo miedo.

(*A punto de llorar.*)

EMBAJADORA.—Ya no tiene por qué preocuparse. Ellos (*Por los de fuera.*) no pueden ya nada contra usted. Es como si ya se encontrase fuera del país. ¿O es que ya empieza a sentir nostalgias de la patria?

REFUGIADO.—No.

EMBAJADORA.—Entonces; cálmese, se lo ruego. Me hace sufrir verle...

REFUGIADO. (*Interrumpiéndola.*)—Sigo siendo un problema.

EMBAJADORA.—He visto muchos casos como el suyo; treinta años siguiendo a mi marido a todas partes. Y siempre ocurre igual los primeros días. Luego, créame, todo se olvida, como un mal sueño.

REFUGIADO. (*Casi hablando a sí mismo.*)—Yo pude haber sido como otro hombre cualquiera. Tener una mujer y unos hijos. Lo mismo que otro hombre cualquiera. Y pude pensar en eso, soñar únicamente en eso, en vez de... Pero no lo hice. La patria iba a ser nuestra obra. Mía y de mis amigos. (*Pausa. Nostálgico.*) La nuestra fue una revolución alegre. Con banderas en los balcones. (*Con voz sorda.*) El fue quien la ensució. Lo sabíamos. (*Pausa.*) Pero cuando en los discursos nos llamaba "sus juventudes", se lo disculpábamos todo, lo olvidábamos todo en seguida. Yo pude haber pensado en otras cosas.

En una mujer y unos hijos, por ejemplo. ¡Es lo que hace todo el mundo a mis años! Sin embargo, ya ve, preferí dedicarme a la política.

EMBAJADORA. (*Sonríe.*)—¿Cómo es posible? A su edad eso suena un poco falso. ¿Quiere que lo diga? Ridículo.

REFUGIADO.—Todos éramos igualmente jóvenes. El no quería gente vieja a su alrededor. "No saben ser idealistas", decía. Y le fuimos leales. Lo dimos todo. Muchos, hasta la vida. Nadie puede culparnos de nada. Míreme las manos. Están limpias. Nuestro único delito —también el mío—, ha sido haberle seguido hasta el final.

EMBAJADORA.—Deje ya esas ideas. Le obsesionan.

REFUGIADO.—Hablaba de sus juventudes, de la gloria de morir por la causa, y hasta ayer no supimos nada. (*El* REFUGIADO *abandona el sillón y se pasea nerviosamente por la escena.*) Hasta ayer mismo —justo a las doce— no nos habíamos enterado de nada. ¡Cómo se puede ser tan asquerosamente traidor y haberlo ocultado durante tanto tiempo!

EMBAJADORA.—¡Ay, amigo! Es usted demasiado joven para comprenderlo.

REFUGIADO.—Eso dijo también el embajador. Son sus mismas palabras. Y yo no hubiera querido oírlas, porque me hacen sentirme como un niño engañado.

EMBAJADORA.—¿Y no ha sido así en realidad?

REFUGIADO. (*Asiente con un gesto, con obsesiva reiteración continúa.*)—Estábamos decididos a dejarnos matar. Algunos, incluso, se pusieron a cantar. (*Con marcado sarcasmo.*) ¡Cantaban! (*Canturrea sobre un aire marcial cualquiera.*)

"Por la gloria de la Patria
hasta morir en pie..."

Morían cantando. ¿Hay una locura, una estupidez mayor?

EMBAJADORA.—¿Pensaba usted lo mismo anoche?

REFUGIADO.—No.

EMBAJADORA.—Lo suponía.

REFUGIADO.—Y a la misma hora —las doce, precisamente—, mientras ellos cantaban y morían, él se escapaba del país en un avión. ¡Y usted no creía que se pudiera envejecer en una sola noche!

EMBAJADORA.—Es usted una criatura... (*El* REFUGIADO *ha vuelto a hundirse en su butaca. Y la* EMBAJADORA *se sienta en uno de los brazos del asiento. Debe resultar una actitud normal, una reacción habitual en una persona como la* EMBAJADORA *que viene moviéndose, durante toda la escena, con elegante naturalidad.*) Con sus cien años, como usted dice.

REFUGIADO. (*Como hablando consigo mismo todavía.*)—Y ahora no quiero, es que no quiero, ¿comprende? Nos ha mentido. ¿Y por qué voy a dejarme matar si nos ha mentido? (*A la* EMBAJADORA.) Por favor. Haga usted algo. Impida que...

EMBAJADORA.—Tranquilícese.

REFUGIADO.—Sería tan absurdo, que incluso la simple posibilidad de que esto ocurra, resulta monstruosa.

EMBAJADORA.—¿Por qué habla de morir?

REFUGIADO.—Es su marido quien tiene la respuesta. Ahora mismo, mientras usted intenta consolarme, él está ocupado en ir descifrando mi destino.

EMBAJADORA.—No acabo de entenderlo.

REFUGIADO. (*Infantilizado, de pronto.*)—¿Me permite que la coja una mano?

EMBAJADORA. (*Le tiende una mano. Sonríe. Tono muy natural.*)—Naturalmente.

REFUGIADO.—Pregúnteme por qué he hecho esto. No sabría qué responder. Quizá ocurra que uno necesita encontrar algo donde asirse —una mano siquiera— cuando todo se desmorona a nuestro alrededor. (*No abandona la mano de la* EMBAJADORA.) Perdóneme. (*Un sollozo, contenido durante mucho tiempo, acomete de pronto al* REFUGIADO.

Ella le mira en silencio.) Es la primera vez que lloro junto a una mujer. Y quizá puede ser la última.

EMBAJADORA. (*Con dulzura.*)—Muchacho, criatura.

(*Descendiendo de la escalera, aparecen nuevamente el* EMBAJADOR *y el* SECRETARIO. *Al verle, el* REFUGIADO *se levanta y se dirige hacia el* EMBAJADOR, *lleno de ansiedad. Este trae un aire marcadamente preocupado. Elude los ojos del* REFUGIADO, *pero, al final, las dos miradas se encuentran. Durante unos segundos, ambos se miran en silencio. El* REFUGIADO *ha comprendido que su suerte debe estar decidida. La* EMBAJADORA *observa la escena sin alcanzar su significado.*)

REFUGIADO. (*Al* EMBAJADOR, *en tono triste, suavemente irónico.*)—¿Caso perdido?

EMBAJADOR. (*Seco, casi desabrido.*)—Déjeme.

EMBAJADORA.—¿Qué ocurre?

REFUGIADO. (*En el msimo tono.*)—Resulta curioso que en el momento en que uno conoce la verdad...

EMBAJADOR. (*Aspero.*)—¡No la sabe!

REFUGIADO.—...se pierde completamente el miedo. Supongo que los condenados a muerte sentirán algo parecido. (*El* EMBAJADOR *pasea brevemente con la mirada en el suelo, moviendo la cabeza con disgusto. Como antes se insinuaba, se ha operado un cambio violento en su carácter. Ahora resulta más bien brusco y nervioso, como si estuviera a punto de perder el control de sus nervios de un momento a otro. Esta súbita alteración no debe pasar desapercibida para el espectador. Por el contrario, el* REFUGIADO, *desde que ha creído adivinar la verdad, ha adoptado un aire de seria y melancólica gravedad, que contrasta vivamente con su actitud un poco infantil de*

las escenas anteriores. Va a sentarse ante el EMBAJADOR, *que se detiene.*) Quisiera pedirle un último favor. (*El* EMBAJADOR *se enfurruña. Teme.*) Un traje. El que antes me ofreció. Y algo con que afeitarme. No me gustaría presentarme delante de esa gente con este aspecto. Cuestión de dignidad.

EMBAJADOR. (*Casi ineducado.*)—Es absolutamente ridículo hablar así. ¿Por qué pretende usted adivinar lo que ni yo mismo... (*Transición.*) De acuerdo. (*Al* SECRETARIO.) Encárguese de todo.

SECRETARIO.—Sí, excelencia.

REFUGIADO.—Gracias. (*A la* EMBAJADORA.) Y a usted también. Es posible que sin usted no hubiera podido soportarlo.

(*Por la puerta de la derecha salen el* REFUGIADO *y el* SECRETARIO. *Durante unos instantes, la* EMBAJADORA *espera a que su marido dé una explicación. El nada dice, sin embargo. No obstante, un segundo después, estalla.*)

EMBAJADOR.—¡Qué tipo tan terrible! Me ha hecho perder el dominio de los nervios.

EMBAJADORA.—¿Puedo saber por qué estás disgustado?

EMBAJADOR.—No ocurre nada. Al menos, nada que deba inquietarte.

EMBAJADORA.—¿Es a causa de ese muchacho?

EMBAJADOR.—Sí.

EMBAJADORA.—Entonces, creo tener derecho a una explicación. Esta casa es también la mía.

EMBAJADOR. (*Con franco mal humor.*)—De acuerdo, de acuerdo. No debería decírtelo. Pero, si no lo hago, supongo que acabaré estallando.

(*Pone en manos de la* EMBAJADORA *el papel que los rebeldes le enviaron; es decir, el del*

ultimátum. La EMBAJADORA *lee atentamente, y en su rostro se marca una reacción de sorpresa y temor.)*

EMBAJADORA.—¡Es increíble! ¿Y tú has permitido esto? (*El* EMBAJADOR *se encoge levemente de hombros. Su gesto quiere ser una justificación.*) ¡Están completamente trastornados! ¿Cómo han podido escribir una cosa así?

EMBAJADOR.—Pues lo han hecho. ¡Y ha tenido que sucederme a mí, precisamente a mí! (*Leve pausa.*) ¡Imagínate lo que ocurriría si efectivamente tomasen por asalto la Embajada!

EMBAJADORA.—¡Qué horror! Pero no. ¡Cómo van a atreverse a...!

EMBAJADOR.—¿Cuántas horas llevan ahí esperando? (*Señalando la calle, es decir, la puerta que conduce al exterior.*) Escucha bien. (*Los gritos de fuera crecen momentáneamente.*) ¡Insultan a tu país! ¿Crees que están dispuestos a ceder? ¡Yo diría, por el contrario, que su odio puede empezar a hervir de un momento a otro!

EMBAJADORA.—¿Corremos peligro?

EMBAJADOR.—Realmente, no lo sé.

EMBAJADORA. (*Consulta su reloj.*)—Sólo quedan quince minutos para las tres.

EMBAJADOR. (*Consultando el suyo; con malhumorada ironía.*)—Catorce, querida.

(*El* EMBAJADOR *se ha hundido en uno de los sillones, y se cubre el rostro con las manos.*)

EMBAJADORA. (*Con cierta alarma.*)—No estarás pensando en entregarle... (*La* EMBAJADORA, *ante el silencio de su marido, corre hacia éste y aparta las manos de su rostro para poder mirar sus ojos. Se asusta.*) ¡No puedes hacerlo!

EMBAJADOR.—Soy un diplomático, no un sentimental. Al menos, eso debe creer el ministro del Exterior.

EMBAJADORA.—¿Qué tiene que ver con todo esto el ministro?

EMBAJADOR.—Comuniqué pidiendo iniciativas. ¿Y sabes cuál ha sido la respuesta? (*Recitando el texto del despacho ministerial con amargo e irónico tono oratorio.*) "La solución del caso se deja a su reconocido y ponderado criterio. Cualquiera que sea la decisión que usted adopte, el país le respaldará. Mucha suerte."

EMBAJADORA. (*Con alegría.*)—¡Pero, ¡si es magnífico! El país te respalda.

EMBAJADOR.—A miles de kilómetros de aquí. En cambio, el enemigo lo tenemos detrás de esa puerta.

EMBAJADORA.—Has dicho "el enemigo".

EMBAJADOR.—Ya sé que lo he dicho. Aunque me pregunto quién es, en realidad, nuestro verdadero enemigo, si los rebeldes o ese estúpido soñador de veinte años.

EMBAJADORA. (*Molesta.*)—Por favor...

EMBAJADOR.—Perdóname.

EMBAJADORA.—Esta mañana, sin embargo, no hablabas de él así.

EMBAJADOR.—Porque entonces estaba muy lejos de suponer que tendría que decidir por mi cuenta.

EMBAJADORA.—Y ahora lo sabes y estás asustado.

EMBAJADOR.—Por la responsabilidad que pesa sobre mí.

EMBAJADORA.—La afrontaremos juntos.

EMBAJADOR.—Pero es que yo tengo una misión que cumplir. Se trata de una potencia extranjera. No puedo poner caprichosamente en peligro las relaciones entre nuestros países.

EMBAJADORA. (*Con voz sorda.*)—Tienes miedo...

EMBAJADOR.—Mi obligación...

EMBAJADORA. (*Vivamente.*)—¿Cuál es? ¿Hacerte cómplice de un crimen?

EMBAJADOR.—Al fin y al cabo, nada de esto nos afecta.

EMBAJADORA.—¿Hablas sinceramente o sólo intentas justificarte?

EMBAJADOR.—Es un asunto de política interna. No debemos intervenir.

EMBAJADOR. (*Una larga pausa durante la cual observa detenidamente a su marido. Habla con voz sorda y muy lentamente.*)—Despusé de treinta años de matrimonio, creo que es ahora cuando empiezo a conocerte.

EMBAJADOR.—Pero, querida...

EMBAJADORA.—Un idealista, un "estúpido soñador de veinte años". ¡Y eres capaz de entregárselo a las turbas para que sacien en él sus rencores!

EMBAJADOR.—Dame una solución.

EMBAJADORA. (*Sin responder a la frase anterior.*)—¡El sagrado derecho de asilo!

(*Ha hablado con marcada ironía.*)

EMBAJADOR.—Hay ocasiones en que las circunstancias obligan.

EMBAJADORA. (*Exaltada.*)—No hay circunstancias. Hay deberes.

EMBAJADOR.—Justamente porque lo considero mi deber...

EMBAJADORA.—¡Mentira! Estás convencido de que es inocente. Di si lo estás.

EMBAJADOR.—Sí.

EMBAJADORA.—¿Cuál es entonces tu deber? ¿Sacrificar a un hombre para que se salve todo un pueblo?

EMBAJADOR.—¿A qué viene eso ahora?

EMBAJADORA.—Y luego se lavó las manos; pero el agua no borró su sangre. Nunca se borrará su sangre de tus manos.

EMBAJADOR.—Dime entonces lo que debo hacer. ¿Enfrentarme con ellos, arrostrando todas las consecuencias? No, si no debo pensar en el país. Ni tampoco en nosotros

o en mi carrera. Eso carece para ti de importancia. ¿No es cierto? Porque el ministro ha dicho: "Resuélvalo a su modo". ¿Pero sabes lo que ocurriría si el asunto saliera mal? ¡Y quieres que exponga nuestro porvenir —el tuyo también—, que lo tire tranquilamente por la borda! Y, ¿para qué? Para proteger a un individuo que ni siquiera sabemos si está limpio de culpa.

EMBAJADORA.—Tú sabes que lo está. Pretendes engañarte a ti mismo. Si es un pobre iluso, una criatura. El confió en nosotros. ¿Vamos a engañarle también? ¿Vamos a condenarle?

REFUGIADO. (*Adelantándose. Leve sorpresa en el* EMBAJADOR *y su mujer.*)—Usted no. El.

EMBAJADORA.—¿Por qué lo ha oído?

REFUGIADO.—No importa. (*Al* EMBAJADOR.) Caso perdido.

EMBAJADOR. (*Desesperado.*)—¡Debe haber una solución! ¡Tiene que haberla!

REFUGIADO. (*Irónico.*)—Lamento haberle complicado la vida.

EMBAJADOR. (*Acusando el golpe, con acritud.*)—No hace falta.

REFUGIADO.—Aunque, en el fondo, usted considere que debiera ser yo quien se sacrificase voluntariamente para no comprometer su carrera. Qué alivio, ¿verdad?

EMBAJADOR.—No diga usted absurdos.

REFUGIADO.—Usted agradecería que fuese yo quien abriese la puerta, ¿no es cierto? De ese modo se le quitaría un peso de encima. (*El* EMBAJADOR *le mira.*) ¡Pues no pienso hacerlo! ¡Ha de ser usted mismo quien la abra!

EMBAJADORA.—Por Dios...

REFUGIADO.—No quiero morir. No tengo ninguna razón para hacerlo. Porque he sido engañado y mentido hasta el fin. Por todos. (*Al* EMBAJADOR.) Incluido usted.

EMBAJADORA.—¿Por qué no trata de tranquilizarse?

REFUGIADO. (*Mirando al* EMBAJADOR *de frente.*)—¿Quiere

saber algo más? Porque en este instante no sé verdaderamente a quién debo odiar con más fuerza, si a mis enemigos, a nuestro jefe o a usted.

EMBAJADORA.—¡Qué horror!

REFUGIADO.—Y ese odio me lo llevo conmigo. Hasta el final.

EMBAJADOR. (*Se ha hecho un repentino silencio en la calle. Y también en la escena. Después de unos instantes en medio del mismo suenan extrañamente las palabras del* EMBAJADOR.)—Son las ttes.

REFUGIADO. (*Un rayo de esperanza.*)—Ese silencio...

EMBAJADORA.—¿Qué irá a ocurrir ahora?

(*Una piedra rompe el ventanal y cae en escena con ruido de cristales. Uno de ellos hiere al* EMBAJADOR *en una mejilla.*)

EMBAJADOR.—Ahí tienes la respuesta.

(*Los gritos del exterior adquieren una violenta intensidad.*)

EMBAJADORA.—¿Estás herido?

EMBAJADOR. (*Se restaña la sangre con el pañuelo.*)—Ha sido un cristal.

(*Unos instantes de tensión. El* EMBAJADOR *vacila. Lucha consigo mismo, eludiendo mirar al* REFUGIADO.)

REFUGIADO.—Usted mismo ha de abrirla...

EMBAJADOR. (*Se dirige a la puerta.*)—¡Usted lo ha querido!

EMBAJADORA.—¡No lo hagas, no puedes hacerlo! (*El* EMBAJADOR *ha abierto la puerta. El griterío se hace ensordecedor. El* REFUGIADO *se dirige lentamente a la puerta. Al pasar junto a la* EMBAJADORA *se detiene, la mira,*

solloza momentáneamente. Luego toma una decisión repentina y sale casi corriendo a la calle. La EMBAJADORA *grita.)* ¡No!

EMBAJADOR. (*Cierra la puerta.*)—Ya está hecho. (*En la calle se oye un exasperado griterío. Todos comprenden que las turbas se han lanzado sobre el* REFUGIADO.) Era mi deber.

(*Unos segundos después, vuelve el silencio. Pero absoluto, opresivo. La* EMBAJADORA *no se atreve a romperlo. Empieza a caer el telón.*)

EMBAJADORA.—Tienes sangre. (*El* EMBAJADOR *se toca instintivamente la mejilla.*) No, en la mejilla, no. En las manos.

EMBAJADOR.—Bah.

(*Pero la frase ha dejado su impacto. Y sin poderlo evitar, levanta lentamente las manos y se las contempla mientras acaba de caer el telón.*)

GOLPE DE ESTADO AÑO 2000

Esta obra se estrenó en el teatro del "Ateneo" de Madrid, la noche del 1 de abril de 1969, con el siguiente

REPARTO

EL GRAN SUMILLER	*Patricio López.*
EL CHAMELÁN	*Juan Alcalde.*
EL CANCILLER	*Antonio Requena.*
NERONCÍN	*Javier de Campos.*
EL AÑA	*Carmen García Maura.*

Bocetos de decorados y realización: VICTORIA VILLAR, PURIFICACIÓN CILLA, MARÍA TERESA ITURRIOS y LUCÍA GALARZA.

Dirección escénica: FERNANDO GÓMEZ HERRANZ.

Dirección artística: MODESTO HIGUERAS.

La acción en un país imaginario; época, año 2000. Derecha e izquierda, la del espectador.

Los tres primeros, vestidos con trajes actuales, llevando banda, y SUMILLER, una condecoración de gran tamaño; el CHAMBELÁN, bicornio, y el CANCILLER, un sable.

El autor no precisa más "atrezzo" que el que se señala en el texto, confiando al director de escena el juego de personajes, que han de actuar en un solo escenario, aunque en distintos planos espaciales, como se señala en el texto.

(*Aparecen, por entre el público,* EL GRAN SUMILLER, EL CANCILLER *y* EL CHAMBELÁN.)

CHAMBELÁN. (*Frotándose las manos, muy contento.*)—Se acerca el momento, se acerca, se acerca...

CANCILLER. (*Siempre asustado, despistado, tímido.*)—Silencio, discreción...

SUMILLER. (*Mandón, suficiente.*)—Sí, efectivamente, se acerca.

CANCILLER. (*Sin comprender.*)—Oh... Y eso, ¿qué significa?

SUMILLER.—Pues que debemos actuar en seguida.

CHAMBELÁN. (*Obsequioso y pelotillero.*)—Con rapidez.

SUMILLER.—Efectividad.

CHAMBELÁN.—Eficacia.

SUMILLER.—Estructurando.

CHAMBELÁN.—Planificando.

SUMILLER.—Organizando.

CANCILLER. (*Como antes.*)—Organizando, ¿qué?
SUMILLER.—Pues ¿qué va a ser? Lo nuestro.
CANCILLER.—Ah...
CHAMBELÁN.—Nuestro asunto.
SUMILLER.—Para que no nos coja de sorpresa.
CHAMBELÁN.—Sin infraestructuras.
SUMILLER.—Sin partidarios.
CHAMBELÁN. (*Obsequioso, al* SUMILLER.)—Vos los tenéis.
SUMILLER. (*Halagado.*)—No tanto.
CHAMBELÁN.—De veras.
SUMILLER.—Conformes. No obstante, si queremos obtener algún fruto positivo de la inminente situación...
CANCILLER.—Queréis decir... ¿aprovecharnos?
SUMILLER.—...habremos de conquistar primero la opinión pública...
CHAMBELÁN.—Exacto.
SUMILLER.—...para ponerla de nuestra parte.
CANCILLER. (*Sin convicción.*)—¡Ya entiendo! ¡Ya entiendo! (*Transición.*) ¿Y qué hay que hacer?
SUMILLER.—¡Qué pregunta! Reclamo.
CHAMBELÁN.—Parecéis tonto. Propaganda.
SUMILLER.—Publicidad.
CHAMBELÁN.—Comunicación social.
CANCILLER.—¡Anda! ¿De modo que para eso estamos aquí?
CHAMBELÁN.—Precisamente.
SUMILLER.—Para eso..., y para asistir al jubiloso alumbramiento.
CANCILLER.—¡Ah!...
SUMILLER.—Acerca de cuya inminencia nada tengo que indicar...
CHAMBELÁN.—Porque, como quien dice, está al caer.
SUMILLER.—...ya que, según mis cálculos...
CHAMBELÁN.—Precisos, rigurosos, como corresponde a vuecencia.
SUMILLER.—...el acontecimiento debe sobrevenir...

CHAMBELÁN.—A las... (*Dice la hora que sea en ese momento, sumándola veinte minutos.*) En punto.

CANCILLER.—¿Y creéis vos que no se retrasará?

SUMILLER. (*Enfadado.*)—¡Los nacimientos áulicos no se retrasan nunca! ¿Acaso lo ignoraba su excelencia?

CANCILLER. (*Turbado.*)—Pues...

CHAMBELÁN.—El Gran Sumiller quiere dar a entender...

SUMILLER.—Que a las... en punto estaremos, por fin, al frente del país.

CHAMBELÁN.—¡En las altas esferas!

SUMILLER.—Gobernando.

CHAMBELÁN.—Mandando.

SUMILLER.—Pero con nuestra mira puesta, naturalmente, en el bien del pueblo.

CHAMBELÁN.—Naturalmente.

SUMILLER.—Ya que una vez arriba...

CHAMBELÁN.—En la cumbre...

SUMILLER.—...podremos actuar, en su beneficio, sin ningún género de trabas.

CHAMBELÁN.—Mangoneando.

SUMILLER.—Chupando.

CHAMBELÁN.—Disponiendo.

CANCILLER.—¡Magnífico! ¡Magnífico!

(*Aplaude.*)

SUMILLER.—Gracias. Así que nuestra primera diligencia habrá de ser...

CANCILLER.—¿Acudir al salón de los natalicios?

SUMILLER. (*Irritado.*)—¡Controlar nuestros cronómetros!

CHAMBELÁN.—Claro. Para no desperdiciar un minuto del tiempo que nos queda.

SUMILLER.—Muy poco, por cierto.

CHAMBELÁN.—Pero si nos atenemos a vuestros planes, sin duda geniales, suficiente.

SUMILLER.—Eso espero. (*A un espectador.*) ¿Me hace usted el favor? ¿Qué hora tiene? (*Después de oír la respuesta.*) Irá usted bien, supongo. ¿Es un reloj de confianza? (*Respuesta.*) ¿De marca? (*Idem.*) De acuerdo. (*A los demás.*) Pongamos, pues, los nuestros a las... (*Dice la hora con minutos y segundos.*) P. M. (*A los demás.*) ¿Controlada la hora?

CHAMBELÁN. (*Después de mover las manecillas.*)—¡Controlada!

CANCILLER. (*Aturullado.*)—Sí, sí, controlada.

SUMILLER.—Entonces, no hay más que hablar. ¡Operación "hora cero" en marcha!

CANCILLER. (*Aplaudiendo, sin comprender.*)—Eso, eso, ¡en marcha! (*Transición.*) Pero ¿de qué se trata?

CHAMBELÁN.—¿Es que no os percatáis, excelencia?

CANCILLER.—No, la verdad, no me percato.

SUMILLER. (*A punto de perder la paciencia.*)—Oooh... (*Al* CHAMBELÁN.) ¿Queréis explicarle al Canciller...?

CHAMBELÁN.—¿Cómo no? Vos disponéis de mí. (*Al* CANCILLER.) Veréis. Mientras el desaparecido soberano...

CANCILLER. (*Reverencia.*)—¡Gloria a su nombre!

CHAMBELÁN.—Dejad eso ahora... vivió entre nosotros...

CANCILLER.—Bueno, en realidad, sólo hace media hora que ha muerto.

CHAMBELÁN.—Atinada observación, sí, señor. Digo, que mientras vivió entre nosotros...

CANCILLER.—Morirse así, de un resbalón en la bañera, ¡el pobre!

CHAMBELÁN.—...apenas pudimos disponer de un instante para organizar nuestra propia campaña.

CANCILLER.—¿Qué campaña?

SUMILLER.—El señor Chambelán se refiere...

CHAMBELÁN.—A que el fallecido no nos dejaba en paz un momento.

SUMILLER.—Nos vigilaba.

CHAMBELÁN.—Manejaba.

SUMILLER.—Dominaba.

CHAMBELÁN.—Controlaba.

SUMILLER.—En una palabra, no podíamos dar un paso...

CHAMBELÁN.—Intentar algo...

SUMILLER.—Sin que él lo supiera.

CHAMBELÁN.—Y lo chafara.

CANCILLER.—Sí, eso es cierto.

CHAMBELÁN.—¿Veis? Por consiguiente, tampoco dispusimos de la necesaria libertad de movimientos...

SUMILLER.—...para ganarnos la simpatía de las masas.

CANCILLER.—Ya.

SUMILLER.—En consecuencia: nuestro primer objetivo será...

CHAMBELÁN.—...Coincidiendo con nuestra inmediata ascensión al poder...

SUMILLER.—...realizar una intensa campaña de simpatización.

CHAMBELÁN. (*Al* CANCILLER.)—¿Comprendido?

CANCILLER. (*Sin demasiada convicción.*)—Comprendido. Pero ¿cómo lo lograremos?

CHAMBELÁN.—¿Cuál, la simpatización? (*Pelotillero.*) Mostradle, mostradle vuestro genial esquema, Sumiller.

SUMILLER. (*Mostrando un enorme organigrama. Con orgullo.*)—Aquí lo tenemos.

CHAMBELÁN. (*Pelotillero, por el* SUMILLER *al* CANCILLER.)—Es obra suya.

CANCILLER. (*Admirado.*)—¿Todo?

CHAMBELÁN. (*Como antes.*)—Todo.

CANCILLER.—Admirable. Pero ¿qué significan esas flechas?

SUMILLER. (*Condescendiente.*)—Elemental. (*Con el dedo sobre el papel como un puntero.*) Fase A: Montaje de los supuestos programáticos. (*Los demás asienten, el* CANCILLER *sin entender una palabra; el otro, sin entender, pero asintiendo muy convencido y obsequioso.*) ¿Veis? Fase B: Aquí. Desarrollo de las cotas de ampliación. Fase C:

Extensión de las bases coyunturales; y por último, fase D: Asimilación de las sucesivas integraciones sectoriales. ¿Está claro?

CHAMBELÁN.—Clarísimo.

CANCILLER.—Clarísimo, clarísimo.

CHAMBELÁN.—Buen trabajo.

SUMILLER.—No tiene importancia. Glosemos brevemente el organigrama. Comencemos por la fase A. (*A los otros.*) ¿Cuáles son los supuestos programáticos que contempla?

CANCILLER. (*Aturullado.*)—Pues...

CHAMBELÁN.—¡No comprendéis nada, Canciller! Exponédselo vos.

SUMILLER.—La captación masiva y acelerada de prosélitos, ¿no es eso? Si lo que intentamos es un golpe de Estado...

CANCILLER. (*Alarmadísimo.*)—¡Prudencia! ¡Prudencia, Sumiller!

SUMILLER.—...nuestra meta más urgente habrá de ser...

CHAMBELÁN.—...la captación del mayor número de adeptos.

SUMILLER.—¡Bravo, Chambelán! ¡Habéis dado en el clavo!

CHAMBELÁN.—Gracias, excelencia.

SUMILLER.—Fase B: Cotas de ampliación.

CHAMBELÁN.—Eso no hace falta explicarlo (*Al* CANCILLER.), ¿verdad?

CANCILLER.—¿Para qué?

SUMILLER.—¿Es que está claro?

CHAMBELÁN.—Diáfano.

SUMILLER.—Pasemos entonces a la fase siguiente. Extensión de las bases coyunturales.

CHAMBELÁN.—Sin comentarios, sin comentarios.

SUMILLER.—Ah, ¿lo entendéis también?

CHAMBELÁN.—Por supuesto.

CANCILLER.—¡Cómo no!

SUMILLER.—Me alegro. Así ganamos tiempo. Hemos llegado al último y más importante capítulo del programa:

Asimilación de las sucesivas integraciones sectoriales. ¿Cómo alcanzar dicha asimilación? Ese es el problema. Si hubiéramos tenido ocasión...

CHAMBELÁN.—Y tiempo.

SUMILLER.—Exactamente, y tiempo, habríamos lanzado por todo el país...

CHAMBELÁN.—...una amplia campaña propagandística...

SUMILLER.—...en favor nuestro. Los técnicos en publicidad nos habrían quitado ese trabajo. Pero, por desgracia, no ha sido así...

CHAMBELÁN.—...y el trabajo hemos de realizárnoslo nosotros mismos.

CANCILLER.—¡Bien pensado! Pero ¿qué clase de trabajo es ése?

SUMILLER.—¡Ah, Canciller, habéis tocado el nervio del asunto! Pero no os inquietéis, todo está previsto, no puede fallar.

CANCILLER. (*Nervioso.*)—Adelante, adelante.

SUMILLER.—Pretendamos convertirnos en nuestros propios panegiristas...

CANCILLER.—¿Panegi... qué?

CHAMBELÁN.—La autocoba, el autobombo, hombre.

CANCILLER.—Ah.

SUMILLER.—...para lo cual, utilizaremos todos los medios de difusión a nuestro alcance.

CANCILLER.—¡Muy bien!

SUMILLER.—Aunque lamentándolo mucho, no serán excesivos.

CANCILLER.—¿Cómo que no? ¿Y la prensa, la radio, la televisión?

SUMILLER.—¡Ay, excelencia, tan maravillosos procedimientos de expansión, nos están vedados!

CANCILLER.—¿A nosotros? ¿Pero no decís que vamos a ser los mandamases?

SUMILLER.—Justamente por eso.

CANCILLER.—Pues ¡ahora sí que no comprendo nada!

SUMILLER.—Calculad, Canciller, lo que ocurriría si el público llegara a apercibirse...

CANCILLER.—...de que somos nosotros mismos los que movemos los hilos de la trama. Tenéis razón, sería catastrófico.

SUMILLER.—Por esto, para evitar fatales consecuencias, habremos de actuar en la sombra.

CANCILLER.—¿Tirar la piedra y esconder la mano?

SUMILLER.—Vos lo habéis dicho. Lanzar la propaganda, sí, pero sin que nadie sospeche de dónde ha procedido..., lo que no es tan sencillo como a primera vista parece...

CHAMBELÁN.—Para vos, nada hay imposible.

SUMILLER.—Agradezco vuestra confianza... Por cuya razón, si sus honorabilidades no opinan lo contrario, debemos empezar a ejercitarnos ahora mismo.

CANCILLER.—¿Aquí?

SUMILLER.—Y sobre la marcha, ya que no se nos presentará otra ocasión. ¿Nada que objetar a la idea del entrenamiento?

CHAMBELÁN.—¡En absoluto, Sumiller! Vos ordenáis.

SUMILLER.—De acuerdo. Entonces, empecemos. He dividido la operación en tres sectores. Uno, letreros, que os corresponde. (*Al* CANCILLER.) A vos.

CANCILLER.—¿A mí? (*Azorado.*) Pero si yo... Perdonad, excelencia, es que... Uno es un tímido y...

CHAMBELÁN.—¿Os negáis a colaborar?

CANCILLER.—No, no, si lo que pasa...

SUMILLER. (*Prescindiendo de las protestas, alarga al* CANCILLER *una pizarra.*)—Tomad.

CANCILLER.—¿Una pizarra? ¿Para qué?

SUMILLER.—Disponéis de un minuto exacto para caligrafiar un breve slogan. Algo alusivo, no comprende.

CANCILLER.—Ya.

SUMILLER.—En su momento, como es lógico, escribiréis en

las paredes y en las tapias; pero estamos en período de precalentamiento y el encerado basta. El procedimiento, tiza, brocha, lapicero, queda a vuestra elección. Empezad. (*Con el reloj a la vista.*) Uno, dos tres... ¡tiempo!

CANCILLER.—Pero, en un minuto...

SUMILLER.—¡En un minuto se puede llenar un muro, Canciller!

CHAMBELÁN.—¡Y tanto que se puede!

SUMILLER.—Además, daos cuenta, en una calle siempre hay gente..., y si os retrasaseis, correríais el riesgo...

CHAMBELÁN.—De veros sorprendido.

SUMILLER.—Y detenido.

CHAMBELÁN.—Ensuciar las fachadas es un grave delito.

SUMILLER.—¿Qué explicación le daríais a la Policía después? ¿Os atreveríais a decirle que sois el Canciller imperial?

CANCILLER.—No, no, ¡de ningún modo!

SUMILLER.—Entonces, adelante. ¿Preparado? (*El* CANCILLER, *con la tiza en la mano, muy azorado, asiente.*) ¡Tiempo! (*El* CANCILLER *escribe, tras dudar unos instantes*: "*Tonto el que lo lea*".) ¡Stop! (*Acercándose a leer el slogan.*) Pero ¿qué habéis escrito?

CANCILLER.—En realidad..., no se me ocurría qué poner.

CHAMBELÁN.—¿Estáis loco?

CANCILLER.—Pero ¡me han sobrado tres segundos!

CHAMBELÁN.—¡Un ejercicio lamentablemente desperdiciado!

CANCILLER.—Lo siento. Si sus honorabilidades me pusieran algunos ejemplos, quizá...

SUMILLER.—De acuerdo. Pero anotadlos, por favor. El tiempo apremia.

(*El* CANCILLER *anota en un papel.*)

CHAMBELÁN.—"En verano y en invierno/de la mano del

Gobierno/irá siempre el soberano/en invierno y en verano."

SUMILLER.—No vale. Será soberana. No rima.

CHAMBELÁN.—¡Qué lástima! Era precioso.

SUMILLER.—Poned: "¡Viva el Consejo Imperial!"

CHAMBELÁN.—"¡Y el Sumiller, que es colosal!"

SUMILLER.—Gracias. "Todo el que siga al Consejo/llegará sin duda a viejo."

CHAMBELÁN.—¡Espléndido!

SUMILLER.—"Porque se preocupará/de vuestra felicidad."

CHAMBELÁN.—¡Extraordinario!

SUMILLER.—Sí, no está mal. Ahora vamos con el sector de camuflaje. A cargo vuestro corre, Chambelán.

CHAMBELÁN.—Es un honor.

SUMILLER.—Vuestra misión consiste en introduciros, convenientemente disfrazado... (*Señalando una barba y unas gafas que habrá en escena.*) Disfrazaos, disfrazaos... (*El* CHAMBELÁN *lo hace.*) En los medios públicos de locomoción, autobuses, metros, trenes... e incluso, sé que os ofende...

CHAMBELÁN.—Por Dios, excelencia.

SUMILLER.—...en tabernas y demás establecimientos más o menos...

CHAMBELÁN.—¿Plebeyos?

SUMILLER.—Justo. Y, una vez allí, verter especies, correr bulos, despertar, ¿cómo diría?, la curiosidad pública hacia nuestras...

CHAMBELÁN.—¿Excelsas cualidades?

SUMILLER.—No me atrevía a expresarme así, pero eso es, exactamente. (*Mostrando al público.*) Disponéis, por fortuna, de un excelente campo de experimentación. Aprovechadlo.

CHAMBELÁN.—¿Tiempo?

SUMILLER.—Cinco minutos.

CHAMBELÁN. (*Poniéndose en postura de corredor que va a tomar la salida.*)—¿Adelante?

SUMILLER.—Un momento. (*Reloj a la vista.*) ¿Preparado? ¿Listo? (*Interrumpiéndose.*) ¿Lleváis las octavillas? (CHAMBELÁN *asiente.*) ¿Los panfletos? (*Idem.*) Bien. ¿Preparado? ¿Listo? ¡Ya! (*El* CHAMBELÁN *desciende de la tarima hacia el público. Reparte unas cuartillas entre los espectadores, en las que se leerá*: "*¡Vivan los miembros del Consejo!*", "*Contamos contigo*" *y cosas parecidas; charla con el público, se sienta en las mesas, sin dejar de alabar, improvisando, a los ministros del Consejo Imperial y, señaladamente, muy en pelotillero al* SUMILLER.) ¡Stop! (*El* CHAMBELÁN *regresa junto al* SUMILLER.) Sí, no debo regatearos méritos, ha sido una actuación perfecta.

CHAMBELÁN. (*Como un flan.*)—¡Oh, "buana"!

SUMILLER.—Y, sobre todo, convincente.

CHAMBELÁN. (*Idem.*)—Gracias, gracias, no merezco...

SUMILLER.—Punto. (*Transición.*) Yo me he reservado el sector de arengas y discursos. (*Sonriendo, muy poseído.*) Mis reconocidas dotes oratorias... Por razón de mi cargo, he tenido que hablar incontables veces en público, lo cual avala mi experiencia en la materia. ¿Estamos de acuerdo?

CHAMBELÁN.—Por completo.

SUMILLER.—Sin embargo, las singulares condiciones en que habré de perorar —subido a una farola, cogido a una verja, etc., etc.— me obligan a iniciar un rápido proceso de readaptación, al que humildemente me someto.

CHAMBELÁN.—Sois muy generoso.

SUMILLER. (*Mostrando una soga que pende del techo.*)—Vean sus honorabilidades esta cuerda. ¿Cuál es su finalidad? (*Los otros se encogen de hombros, perplejos, sin saber qué responder.*) ¡Elemental, queridos colegas, elemental! Puesto que he de arengar a las masas en tan precarias circunstancias, mi entrenamiento ha de con-

sistir en procurarme los imprescindibles reflejos frente al equilibrio inestable.

CHAMBELÁN.—Luminosa idea.

SUMILLER.—Me concedo un minuto.

CHAMBELÁN.—Oh, por nosotros no os apresuréis, excelencia.

CANCILLER.—Claro. Tomaos el tiempo que os parezca.

SUMILLER.—Un minuto y no se hable más. (*Al* CANCILLER.) Computadlo vos mismo. ¡Empiezo!

(Se coge a la cuerda con una mano, mientras gesticula con la otra, recogiendo los pies para quedar en vilo. El discurso carece de palabras. Sólo se oirá un bla-bla-bla, subrayado por latiguillos oratorios efectuados mediante contrastes de ademán y voz.)

CANCILLER. (*Tímidamente.*)—Ya, excelencia.

SUMILLER. (*Dejando la cuerda.*)—¿Qué os ha parecido?

CHAMBELÁN.—Elocuente.

CANCILLER.—Elocuentísimo.

CHAMBELÁN.—Una verdadera lección de elocuencia.

CANCILLER.—Magistral, magistral.

SUMILLER. (*Halagado*)—No es para tanto. (*Transición.*) Ultima sección del programa: "Folklores y similares", la cual, por la propia naturaleza de la música popular, intrínsecamente comunitaria, habremos de llevar entre todos.

CHAMBELÁN.—Bien pensado.

SUMILLER.—Formamos un coro, grabamos la canción —con seudónimo, naturalmente—, ponemos en circulación el disquito y, de este modo, aparte de contribuir al éxito de nuestro común objetivo...

CANCILLER.—Nos metemos unos dólares en el bolsillo.

SUMILLER.—¿Cómo andamos de voz?

CHAMBELÁN.—La mía, perfecta y a sus órdenes, excelencia.

CANCILLER.—Yo, lo de cantar, pues...
SUMILLER.—¡Al orfeón, y ni una palabra más!
CANCILLER.—Sí, señor; sí, señor.
SUMILLER.—¡Oído y timbre!

(*Con la música de "El rey que rabió", coro de doctores, cantan las siguientes estrofas, corriendo a cargo del* CANCILLER *los compases de acompañamiento.*)

LOS TRES.—Nuestro pueblo amadísimo sabe que al frente del país...
CANCILLER.—Tururu-tururu.
LOS TRES.—Tres hombres al unísono, sin tiempo ni para hacer pis.

(*El mismo juego de acompañamiento hasta el final de la canción.*)

Laboran con la máxima de que quien quiere hacer el bien
ha de estar atentísimo
a no mirar a quién.

Por eso no miran
sus cuentas corrientes,
ni saben siquiera
los cargos que tienen,
sueldos que se ponen,
momios que les meten,
damas estupendas,
coches imponentes...,
pero el sano público
sabe la verdad,
que esfuerzo tan grande
se ha de premiar.

(*Al estribillo.*)

Y de esta opinión
nadie nos sacará,
¡los miembros del Consejo
y nadie más!
Sus mentes potentísimas no cesan nunca de pensar
qué leyes uberrísimas podrían ellos legislar
sin que entren en sus cálculos otro interés o pretensión,
pues sus almas purísimas
como de ángeles son.

Con ellos no hay frío
ni calor que pueda,
siempre preocupados,
en constante vela,
lucha que te lucha,
piensa que te piensa,
para que las leyes
resulten perfectas...,
ya que son, digámoslo,
tres ministros, tres,
que por lo que afanan
parecen diez.

(*Al estribillo.*)

Los tipos más simpáticos que nadie pudo ni soñar,
metidos en sus áticos donde se dan a trabajar
como buenos tecnócratas planificando el porvenir
de esfuerzos burocráticos
dispuestos a morir.

Por ello es muy justo
que los alabemos,
que los aplaudamos
y vitoreemos,

que a su sacrificio
se otorgue algún premio
para compensarles
de tan graves riesgos...,
un Consejo mísero
de Administración,
que aquí les brindamos
de corazón.

Y de esta opinión
nadie nos sacará,
¡los miembros del Consejo
y ra ra ra!

SUMILLER.—¡Vivan los miembros del Consejo!

CHAMBELÁN.—¡Vivan!

CANCILLER. (*Aterrado.*)—Por favor, suplico a sus excelencias...

CHAMBELÁN.—¡Viva el gran Sumiller!

SUMILLER. (*En voz normal.*)—Viva, viva.

CANCILLER. (*Como antes.*)—¡Controlaos, Chambelán!

CHAMBELÁN.—¿Qué os sucede?

CANCILLER.—Puede ser peligroso.

CHAMBELÁN.—¿Cuál?

CANCILLER.—Este escándalo. No sé si os habéis percatado, pero son gritos subversivos.

SUMILLER.—Por el momento, sólo por el momento. Dentro de unos instantes serán clamores de victoria.

CANCILLER.—¿Creéis vos?

CHAMBELÁN.—Seguro. En cuanto nazca.

SUMILLER.—Vamos a ser los amos.

CANCILLER.—¿De veras? ¿Tan convencido estáis?

SUMILLER.—¡Si lo sabré yo!

CHAMBELÁN.—Como que ya podéis dar por conseguidos todos vuestros deseos.

CANCILLER.—¿Qué deseos?

SUMILLER.—Pero, excelencia, ¿es que no tenéis ambiciones?

CANCILLER. (*Titubeando.*)—Bueno, a decir verdad... (*Tras unos instantes de meditación.*) ¡Ah, sí: una!

SUMILLER.—¡Consideradla realizada! ¿De qué se trata?

CANCILLER. (*Con timidez.*)—Me gustaría... no sé si os parecerá... ¡viajar en autobús sin billete!

CHAMBELÁN.—¿Sólo eso?

CANCILLER.—Así, de pronto, no se me ofrece nada más.

SUMILLER.—No os preocupéis. Solucionado.

CANCILLER.—¿En serio?

CHAMBELÁN.—No dudaréis de su palabra.

CANCILLER.—De ninguna manera.

SUMILLER.—Daré orden para que se extienda una invitación imperial para un asiento gratuito. Coches de línea, trenes, aviones...

CANCILLER.—No, autobús, autobús.

CHAMBELÁN.—¡Qué extraño capricho!

SUMILLER.—Debe ser un complejo.

CHAMBELÁN.—Alguna frustración.

SUMILLER.—Decidme. ¿En alguna ocasión, de niño, viajasteis...?

CANCILLER.—¿Sin pagar? Sí, una vez. Me colé.

SUMILLER.—¿Y qué ocurrió?

CANCILLER.—Que se enteró mi madre y me cascó.

SUMILLER. (*Al* CHAMBELÁN, *halagado.*)—¿Lo veis?

CHAMBELÁN.—Oh, sois un genio.

SUMILLER.—No tiene importancia. (*Al* CANCILLER.) Bien. Desde mañana tendréis un pase gratuito para todos los autobuses del país. ¿Qué, estáis satisfecho?

CANCILLER.—Ya lo creo.

SUMILLER.—Así me gusta. Yo nunca regateo mi colaboración a quienes comparten conmigo la ansiedad de estos difíciles momentos.

CHAMBELÁN.—Entonces, ya que se ha suscitado la cuestión...

SUMILLER.—Decid.

CHAMBELÁN.—Resulta embarazoso.

SUMILLER. (*Con recelo.*)—¿Eh? No aspiraréis al poder, supongo.

CHAMBELÁN.—¿Yo? ¿Cómo iba a atreverme? ¡Os corresponde a vos!

SUMILLER. (*Tranquilizado.*)—En ese caso, hablad sin rodeos. ¡Vamos! ¿Deseáis... convertiros en millonario tal vez?

CHAMBELÁN.—Multi, multi.

SUMILLER.—Pues nada más sencillo, para ser multimillonario, dedicaos a las finanzas.

CHAMBELÁN.—Ese es el quid de la cuestión.

SUMILLER.—¿Qué pasa con la Bolsa?

CHAMBELÁN.—Es tan veleidosa, tan insegura...

SUMILLER.—No, encontrándome yo al frente del cotarro.

CHAMBELÁN.—¿Tenéis alguna idea?

SUMILLER.—Siempre.

CHAMBELÁN.—Explicaos.

SUMILLER.—Cogemos unos cuantos adeptos...

CHAMBELÁN.—Sí.

SUMILLER.—Los filtramos por la frontera al país vecino.

CHAMBELÁN.—Sí.

SUMILLER.—Organizan una revolución.

CHAMBELÁN.—Sí.

SUMILLER.—Los valores bajan...

CHAMBELÁN.—Comprendido, comprendido. Y entonces...

SUMILLER.—¡Compro!

CHAMBELÁN. (*Riendo.*)—¡Vendo!

CANCILLER.—¡Compro!

SUMILLER. (*Riendo.*)—¡Vendo!

CHAMBELÁN.—¡Las acciones de la "Petrolita, S. A.", descienden diez enteros!

SUMILLER.—¡Compre!

CANCILLER.—¡Venda!

SUMILLER.—¡Com...! (*Entre las carcajadas empiezan a oír-*

se los cañonazos de unas salvas.) ¡Las salvas! ¡Ha llegado el momento!

CHAMBELÁN.—¡Son las salvas!

CANCILLER.—¡Las salvas!

(Los tres, muy nerviosos, van contando los golpes de cañón.)

CHAMBELÁN.—Van siete.

SUMILLER. *(Contando.)*—Ocho... nueve...

CHAMBELÁN.—¡De prisa! ¡De prisa! Pero ¿qué le pasa a ese cañón?

SUMILLER. *(Tratando de dominarse, sin conseguirlo.)*—Serenidad. Doce, trece, catorce...

CANCILLER.—No, quince.

SUMILLER.—¡Os digo que catorce!

CANCILLER. *(Tímido.)*—Y yo insisto en que quince.

CHAMBELÁN. *(Al* SUMILLER.*)*—Siga, siga, excelencia. *(Al* CANCILLER.*)* Su honorabilidad va a conseguir que el Gran Sumiller pierda la cuenta.

CANCILLER.—Pero si...

CHAMBELÁN.—¡Chist! ¡Silencio! *(Al* SUMILLER.*)* Continuad.

SUMILLER.—Diecisiete... Dieciocho. *(Se percibe claramente que el nerviosismo va en aumento en el grupo, en la misma medida en que aumenta el número de cañonazos.)* Diecinueve y...

CANCILLER.—Diecinueve y...

CHAMBELÁN. *(Al* CANCILLER, *irritado por la interrupción, con severidad.)*—¡Excelencia!

CANCILLER.—Perdón. ¡Está uno tan nervioso!

CHAMBELÁN.—Todos lo estamos.

SUMILLER.—¡Veinte! *(Un instante de muda y anhelante expectación. Suena el último cañonazo. Decaimiento general, salvo en el* CANCILLER *que ríe y aplaude, despistado como siempre.)* Veintiuno. *(Decaído, desinflado.)* Un niño.

CANCILLER. (*Como antes.*)—¡Es un niño!

CHAMBELÁN. (*Explotando.*)—¡Un niño!

CANCILLER.—No, si no podía ser de otro modo.

SUMILLER.—No veo la razón.

CANCILLER.—Saltaba a la vista. Era un huevo demasiado grande.

SUMILLER.—Pero sus honorabilidades no ignoran...

CANCILLER.—Por favor... pueden oírnos... Hay espías por todas partes...

SUMILLER. (*Bajando la voz, pero sin abandonar su tono dominante.*)—Sus honorabilidades no ignoran que en nuestra última reunion secreta acordamos...

CANCILLER.—Pues algo salió mal.

CHAMBELÁN.—Un pequeño fallo de organización.

CANCILLER.—¿Pequeño? Yo diría más bien que el plan entero de su excelencia se ha venido abajo.

SUMILLER.—¿Quién se quedó encargado de intervenir en la incubadora? Porque yo, desde luego, no fui. (*Al* CHAMBELÁN.) ¿Seríais vos?

CHAMBELÁN.—¿Yo? ¡Qué va!

SUMILLER. (*Al* CANCILLER.)—Seguramente vos.

CANCILLER.—Os juro, excelencia, que...

SUMILLER.—Bueno, eso ya no importa, lo cierto es que habíamos quedado en que...

CHAMBELÁN.—...tratándose de un huevo de tales proporciones...

CANCILLER.—...quizá conviniera suprimirlo antes de que fuese demasiado tarde.

SUMILLER.—¿Suprimirlo? ¿Quién habló nunca de suprimir a nadie? (*Al* CHAMBELÁN.) ¿Su honorabilidad recuerda si se dijo tal cosa?

CHAMBELÁN.—¡Jamás! ¡Ni insinuarse siquiera! ¿Quién se hubiese atrevido?

CANCILLER. (*Apabullado.*)—Tal vez no me he expresado con la debida precisión.

SUMILLER. (*Severo.*)—¡Se ha expresado rotundamente mal, excelencia! ¡Nosotros no somos criminales!

CHAMBELÁN.—¿Infanticidas.

SUMILLER.—Huevicidas.

CANCILLER.—No, desde luego, si...

SUMILLER.—¡Somos benefactores del pueblo!

CHAMBELÁN.—Eso: benefactores.

SUMILLER.—Y nuestra única intención, evitar que, con el nacimiento de un vástago varón...

CHAMBELÁN.—Pudiera volver a nuestra patria el reinado del despotismo...

SUMILLER.—...afortunadamente desaparecido. De modo que, entendámonos bien...

CHAMBELÁN.—...perfectamente bien...

SUMILLER.—Nuestro proyecto era entorpecer la egregia incubación, retrasándola un poco...

CHAMBELÁN.—Sólo entorpecerla...

SUMILLER.—...para conseguir que, en lugar de un varón, la imperial incubadora, bajando la temperatura un par de grados, nos deparase el feliz alumbramiento de una niña. ¿Es algún crimen bajar la temperatura un par de grados?

CANCILLER. (*Azorado.*)—No, no, supuesto que no.

SUMILLER.—Ya ve. Sin embargo, no se hizo. Alguno de nosotros se resistió a colaborar en el plan.

CHAMBELÁN.—¡Sabotaje!

SUMILLER.—Yo no diría tanto. En todo caso, un ligero descuido.

CHAMBELÁN.—¡Que nos ha jorobado!

SUMILLER.—No, todavía no.

CANCILLER.—¿Y no será (*Al* SUMILLER.) que su excelencia ha contado mal las salvas? ¿Eran exactamente veintiuna? ¿No se habrá equivocado?

SUMILLER.—¡El Gran Sumiller no se equivoca nunca! Veintiún cañonazos, ni uno más ni uno menos.

CHAMBELÁN.—¡Puaf! ¡Qué asco!

CANCILLER.—¿Quiere decir, entonces, que estamos perdidos?

SUMILLER.—He dicho que aún no.

CANCILLER.—¿Opina su excelencia que...?

SUMILLER.—Mi excelencia opina que, por descontado, manejar a una niña hubiese resultado bastante menos complicado.

CHAMBELÁN.—Precisamente.

SUMILLER.—Pero, si seguimos como hasta ahora...

CANCILLER.—¿Codo con codo?

SUMILLER.—Podemos incluso llegar a manejar también al niño... Con nuestra mira puesta, como siempre, en el bien del pueblo.

CHAMBELÁN.—Como siempre.

CANCILLER.—Pero ¿y si él no se deja?

SUMILLER.—¿Cómo "si no se deja"? ¿Un niño? Pero, ¿su excelencia ha visto alguna vez un niño de cerca?

CANCILLER.—Alguna que otra vez. Los que solían llevarse de muestra para la inauguración de los imperiales hospicios.

SUMILLER.—En ese caso, ya se habrá dado cuenta de que son seres frágiles, indefensos, absolutamente incapaces de valerse por sí mismos.

CANCILLER. (*Comprendiendo.*)—Así que, ¿para eso estamos nosotros, los miembros del Consejo?

SUMILLER.—Su excelencia lo ha dicho; para velar por él.

CHAMBELÁN.—Aconsejarle.

SUMILLER.—Protegerle.

CHAMBELÁN.—Cuidarle.

SUMILLER.—Pero con la mira puesta...

CANCILLER.—Me quitan sus honorabilidades un peso de encima.

SUMILLER.—...porque lo primero es lo primero.

CANCILLER.—¿Y cuál es lo primero?

SUMILLER.—Pues eso, el bienestar y la prosperidad de nuestro pueblo, ¿no?

CHAMBELÁN.—Ni qué decir tiene. ¿Es que hemos hecho jamás otra cosa desde que Neroncín I nos elevó al rango de ministros de su Imperial Consejo?

CANCILLER.—No, no, nunca.

SUMILLER.—Hemos trabajado por el país, como quien dice, día y noche.

CHAMBELÁN.—Llevando a cabo un esfuerzo realmente...

CANCILLER. (*Rectificando.*)—Imperialmente.

CHAMBELÁN.—Sí, gracias... imperialmente agotador.

SUMILLER.—¿Y para qué? Respóndanme sus honorabilidades, ¿para qué? ¡Para que Neroncín I nos tratara como lo hacía!

CHAMBELÁN.—A patadas.

CANCILLER.—Pero ¿quién le ponía el cascabel al gato?

SUMILLER.—¡Como que era un autócrata!

CANCILLER.—¿Au... qué?

SUMILLER.—Tócrata.

CANCILLER.—Ah, sí, sí, desde luego.

CHAMBELÁN.—¡Muera Neroncín I!

CANCILLER.—No hace falta, ya ha muerto.

CHAMBELÁN.—Gracias a Dios. Digo, que en paz descanse.

SUMILLER.—Y ahora, cuando estábamos a punto de tomar las riendas del poder y pensar un poco en nosotros mismos...

CHAMBELÁN.—¡Y bien que nos lo hemos ganado!

CANCILLER.—...¡llega el dichoso niño!

SUMILLER.—A quien, si sus honorabilidades no tienen inconveniente, debemos presentar sin tardanza nuestros respetos.

CANCILLER.—Bien pensado. No conviene despertar sospechas. (*Al* SUMILLER, *con temor.*) Pero ¿qué supone su excelencia que pasará?

SUMILLER.—Nada, ¿qué va a pasar? Que nos haremos dueños de la situación.

CHAMBELÁN.—¿Como teníamos previsto?

SUMILLER.—Ni más ni menos. ¡Dueños de la situación! ¡Lo que debimos haber sido hace mucho tiempo, si Neroncín I nos hubiera dado facilidades!

CANCILLER.—¿Y estáis seguro de que... con eso de niño en vez de niña, no surgirá ninguna pega?

SUMILLER.—¿Pegas? ¡Dejen sus honorabilidades el asunto en mis manos y yo les respondo de que...!

CHAMBELÁN.—No sé, pero tengo la impresión de que su excelencia trae en la cabeza un nuevo plan.

SUMILLER.—Sí, señor, otro plan.

CANCILLER. (*Aplaudiendo.*)—¡Otro plan! (*Reaccionando.*) ¿Otro?

SUMILLER.—Supletorio. Por si fallaba el que teníamos previsto. Un plan perfecto si se me permite decirlo.

CHAMBELÁN.—¡Ya sabía yo que vuestra inventiva!... ¿Y en qué consiste?

SUMILLER.—Se trata de dominar al niño, ¿verdad?

CANCILLER.—Hombre, dominar, dominar...

SUMILLER.—Bueno, de ejercer sobre él una beneficiosa influencia. ¿Y quién puede lograr un objetivo semejante?

CHAMBELÁN.—El Canciller, naturalmente.

CANCILLER. (*Asustado.*)—¿Yo?

CHAMBELÁN.—Naturalmente vos mandáis las milicias.

SUMILLER.—No se trata de eso. ¿Para qué utilizar la fuerza si podemos emplear otros métodos?

CANCILLER. (*Con un suspiro de alivio.*)—Claro. (*Con recelo.*) Pero ¿qué métodos?

SUMILLER.—Esa es la clave del problema: una mujer.

CANCILLER.—¿Una mujer? ¿Qué tiene que hacer una mujer en este asunto?

CHAMBELÁN.—Tratándose de un niño...

CANCILLER. (*Todavía sin comprender.*)—Ah.

SUMILLER.—Un tierno corazón femenino que se encargue de inculcar al muchacho...

CANCILLER. (*Comprendiendo.*)—¡Bravo! (*Haciendo ademán de mecer una criatura.*)—Mientras le...

SUMILLER.—Justo. Mientras le cuida, le alimenta, le educa.

CHAMBELÁN.—¿Y quién va a ser esa mujer?

SUMILLER.—La mía, mi respetable esposa, a la cual, previniendo posibles contingencias, designé hace un rato ama de cría del imperial retoño.

CHAMBELÁN.—¡Una idea excelente! ¡Su honorabilidad es un águila!

SUMILLER. (*Modesto.*)—Gracias, gracias.

CHAMBELÁN.—Propongo que para premiar sus servicios se conceda al Sumiller una nueva medalla.

CANCILLER. (*Despistado como siempre.*)—Eso, eso, ¡condecorémonos los unos a los otros!

SUMILLER.—Más adelante. Todo se andará.

CANCILLER.—¿Lo del pase del autobús también?

SUMILLER.—También, no os preocupéis. Pero por el momento tenemos un deber más urgente que cumplir.

CANCILLER.—Ya. Visitar al crío, ¿a que sí?

SUMILLER.—Vos lo habéis dicho.

CHAMBELÁN.—Entonces, ¿vamos?

SUMILLER.—Vamos.

(*Inician su traslación hacia el lado opuesto de la tarima.*)

CHAMBELÁN.—¡Silencio!

(*Oscuro en escena. Al iluminarse de nuevo —juego que debe correr a cargo del director de escena— aparecen* NERONCÍN II *y el* AÑA. *Aquél es un tipo de treinta y tantos años; ésta, una jovencita de veintitantos.* NERONCÍN, *metido en una cuna, que resulta insuficiente para contener su desbordante hu-*

manidad, llora y balbucea como un recién nacido, mientras el AÑA, *tricotando, canturrea y le mece, moviendo la cuna.)*

NERONCÍN.—¡Meee! ¡Meee!

AÑA.—Ssss. ¡A momir!

NERONCÍN. (*Llorando con más fuerza.*)—¡Meeeeeeee!

AÑA.—Pero ¿qué le pasa a mi niño, tene hambrecita?

NERONCÍN. (*En voz de hombre.*)—No.

AÑA.—Entonces, debe ser que se le ha escocido el culito. (*Corriendo las sábanas.*) ¿A ver?

NERONCÍN. (*Dando un manotazo a la ropa.*)—¡Quita, no seas cochina!

AÑA.—Pues, a dormir. (NERONCÍN *se rebulle en silencio.*) ¡He dicho a dormir! ¡Mira que me enfado!

NERONCÍN. (*Balbuceando.*)—Bu... Bu... Bu...

AÑA. (*Meciendo la cuna.*)—Ssss... El nene va a ser bueno. ¿Verdad que el nene va a ser muy bueno para que el Aña pueda seguir tejiéndole su rebequita? (NERONCÍN *queda en silencio.*) Eso es. (*Tejiendo.*) Dos al derecho..., tres al revés..., dos menos tres... Dos al derecho, tres al revés, dos menos tres...

(*La cuenta de puntos acaba transformándose en una naña.*)

Dos al derecho,
tres al revés,
dos menos tres...

NERONCÍN. (*En voz normal.*)—Aña.

AÑA.—¿Qué?

NERONCÍN.—¿Has dicho "dos menos tres"?

AÑA.—Claro, rico. Pero lo que tienes que hacer ahora es cerrar los ojos y estarte quietecín.

NERONCÍN. (*En voz infantil.*)—No quiero.

AÑA.—¿Cómo que no?

NERONCÍN. (*Morago.*)—Que no.

AÑA.—Pero ¿por qué?

NERONCÍN. (*En voz de hombre.*)—Porque si dos menos tres es igual a menos uno, ¡resulta que va a salir una manga más larga que la otra!

AÑA. (*Contemplando el teiido.*)—¡Anda, pues es verdad!

NERONCÍN. (*En tono de rabieta, con voz infantil.*)—¡Y yo teno los brazos iguales! ¡Meee!

AÑA.—No llores, guapo mío. ¡Ya verás como el Aña arregla la rebeca en seguida!

NERONCÍN. (*Hipando, infantil.*)—No se puede.

AÑA.—¿Quién ha dicho que no?

NERONCÍN. (*Llorando con fuerza.*)—¡La unidad no es divisible más que por sí misma!

AÑA.—No importa. Se alarga la otra manga, y ya está.

NERONCÍN. (*En tono infantil.*)—No, no me engañas. ¡Es un número primo! ¡No se puedeee...!

AÑA.—¿Quieres que llame al coco?

NERONCÍN. (*Infantil.*)—No.

AÑA.—Entonces, ¡a callar!

(*Durante unos instantes, el* AÑA *sigue tejiendo y* NERONCÍN, *tranquilo, balbuceando. Se oye unos golpes en la puerta.*)

NERONCÍN.—¿Quién es el coco?

AÑA. (*Acudiendo a la puerta.*)—No. El Consejo Imperial que viene a visitar a mi niño.

NERONCÍN. (*Hipando.*)—¿Ves? ¡Y ahora, por tu culpa, teno que recibirles en pañales! ¡Haré que te castiguen!

AÑA.—¿A mí? ¿Por qué?

NERONCÍN.—¡Por estropear mi traje de recién nacido! ¡Meee!

AÑA.—¡Neroncín!

NERONCÍN.—¡No me grites! ¿Quién manda aquí?

AÑA. (*Desconcertada.*)—Pues, tú.

NERONCÍN. (*En voz infantil y tono de rabieta.*)—Entonces, ¡mando que te den cien palitos en la planta de los pies! (*El* AÑA *llora.*) ¿Por qué lloras?

AÑA.—¡Porque el nene no quere a su Aña!

NERONCÍN. (*En voz de hombre, besándola y acariciándola también en hombre.*)—Que sí te quiero, tonta. (*Pausa.*) Cógeme en brazos, anda.

AÑA.—Luego. Ahora vas a recibir a los ministros como un niño bien educado.

NERONCÍN. (*Balbuceando.*)—Teta, quero teta.

AÑA.—Querrás decir tate.

NERONCÍN.—No, no, teta.

AÑA.—Huy que niño más malo. Anda, arriba. (NERONCÍN *se levanta de la cuna.*) Y en seguida, otra vez a la cuna, ¿eh?

NERONCÍN. (*Deteniendo al* AÑA *que se dirige a abrir.*)—Espera. (*Coge una sábana y se envuelve en ella como en una toga romana.*) ¿Estoy así guapo?

AÑA.—Precioso. Pareces un emperador romano.

NERONCÍN.—Claro. Es lo que soy.

AÑA.—Ven que te arreglo un poco. ¿Vas a ser bueno?

NERONCÍN.—Sí, Aña.

AÑA. (*Dando los últimos toques a la toga.*)—¿A ver?

NERONCÍN.—Aña.

AÑA.—¿Qué?

NERONCÍN.—Un besito.

(*La abraza y la besa, y, en esa actitud, danzan un baile apache muy marcado.*)

AÑA.—¡Ay! ¡Me haces daño! (*El* AÑA *interrumpe la danza y se desase.*) Vamos, vamos, están en la puerta, esperando.

NERONCÍN. (*Fastidiado, se separa del* AÑA, *yendo a ocupar la cuna, donde se sienta como si fuera en un trono, en actitud de emperador romano.*)—Abre.

(*El* AÑA *franquea la entrada a los ministros.*)

CANCILLER.—¡Neroncín I ha muerto! ¡Viva Neroncín II!

LOS TRES.—¡Viva!

CHAMBELÁN. (*En voz baja al* CANCILLER.)—Veréis cómo el Sumiller arregla este asunto en dos patadas.

CANCILLER. (*Idem, al* CHAMBELÁN.)—¿Creéis vos? ¿Entonces, la visita...?

CHAMBELÁN. (*Idem, al* CANCILLER.)—Puro trámite.

SUMILLER. (*Arrodillándose ante* NERONCÍN, *cogiendo sus manos y besándolas.*)—Beso las imperiales manos de Su Alteza.

NERONCÍN. (*Retirando las manos con un gesto de repugnancia, repara en la condecoración del* SUMILLER.)—¡Huy! ¡Qué condecoración más bonita! (*Infantil.*) Para mí.

SUMILLER. (*Sonriendo con risa de conejo, a los demás.*)—Es muy rico, ¿verdad?

CHAMBELÁN.—Riquísimo.

NERONCÍN.—¡Para mí! ¡Para mí!

SUMILLER. (*A* NERONCÍN, *como si hablase a una criatura.*) Pero eso es imposible, guapo.

NERONCÍN. (*A punto de pataleta.*)—¡La condecoración! ¡Quero la condecoración!

AÑA. (*Al* SUMILLER.)—¿Por qué le haces rabiar?

SUMILLER.—Mujer, se trata de mi medalla, la insignia de mi cargo.

AÑA.—Dásela.

SUMILLER.—Pero, ¡si me la quita, estoy perdido! ¡Nadie querrá volver a obedecerme!

NERONCÍN.—¡Meee!

AÑA.—Calla, hijo, calla. (*Al* SUMILLER.) ¡Dale la condecoración de una vez! ¡Se va a poner enfermo!

SUMILLER.—Pero, ¿es que no lo entiendes? No puedo.

NERONCÍN. (*Llorando con más fuerza.*)—¡Meeeee!

SUMILLER.—Tú eres su ama de cría. A ti te corresponde convencerle.

NERONCÍN. (*Al* SUMILLER, *infantil.*)—¡Para mí! ¡Dámela!

AÑA.—Haz lo que te dice. ¿No te das cuenta de que es un niño?

SUMILLER. (*Entregando a* NERONCÍN *la condecoración, que éste se prende sobre la toga.*)—Pero ¡muy caprichoso!

NERONCÍN. (*Contemplando la condecoración con ojos de crío.*)—¡Huuuuuy! ¡Más bonita es...!

SUMILLER.—¿Me permite Su Alteza presentarle a los restantes miembros de su imperial Consejo?

NERONCÍN. (*Reparando en el sable del* CANCILLER.)—¡Anda! ¡Un sable!

SUMILLER. (*Presentando.*)—¡El Supercanciller en jefe de las milicias de Su Alteza!

NERONCÍN.—Aña.

AÑA.—¿Qué?

NERONCÍN.—¿Por qué me besuquean tanto?

AÑA.—No le bese usted, le da asco.

CANCILLER. (*Azorado.*)—Bueno, yo, en realidad... Es la costumbre.

AÑA.—Muy mala costumbre.

CANCILLER.—Pero...

AÑA.—¡Cállese! ¡Le va usted a incomodar!

(NERONCÍN *despoja al* CANCILLER *de su sable y juega con él, como antes, antes de ponérselo con la condecoración.*)

NERONCÍN.—¿Es para matar?

CANCILLER.—No, el de matar es otro. Este es el de jugar a los soldados.

NERONCÍN. (*Infantil.*)—¿Con un tambor?

CANCILLER.—Pues, claro.

NERONCÍN.—¿Y una trompeta?

CANCILLER.—También.

NERONCÍN.—¡Qué bonito!

CANCILLER.—¿Verdad que sí?

NERONCÍN.—Sí. ¡Quero jugar a los soldados! ¡Quero jugar a los soldados!

SUMILLER.—Para eso hay que tener el mando de las milicias, Alteza.

NERONCÍN. (*Llorando.*)—¡Pues que me den el mando de las milicias!

SUMILLER. (*Escandalizado, al* AÑA.)—¡No! ¡Eso sí que no! ¿Qué sería de nosotros sin ellas?

AÑA.—Pero, ¿qué se proponen ustedes, hacer llorar al crío? ¿No quiere mandarlas? ¡Que las mande y en paz!

CANCILLER. (*Despistado.*)—Es lo que yo digo, que las mande y en paz.

SUMILLER. (*Sin poder contenerse.*)—¡Qué niño tan cargante!

AÑA.—¡Oye!

SUMILLER. (*Achantado.*)—No quise decir eso. (*Presentando.*) Su excelencia, el Gran Chambelán...

NERONCÍN.—Más besos, no.

SUMILLER.—...cartera de relaciones palaciegas.

NERONCÍN. (*En voz de hombre.*)—¿Qué clase de relaciones son ésas?

CHAMBELÁN.—Numerosas.

NERONCÍN.—¿Mmmm?

CHAMBELÁN.—E importantes.

NERONCÍN. (*Al* CHAMBELÁN, *severo.*)—¿Y quién le ha autorizado a estar cubierto en mi presencia? (*El* CHAMBELÁN, *desconcertado, se despoja del bicornio, que entrega a* NERONCÍN, *el cual lo coloca sobre su cabeza.*) Veamos.

CHAMBELÁN.—Sí, Alteza.

NERONCÍN.—¿Banquetes oficiales?

CHAMBELÁN.—Sí, Alteza.

NERONCÍN.—¿Inauguraciones? ¿Primeras piedras?

CHAMBELÁN.—Sí, Alteza.

NERONCÍN.—¿Diversiones privadas de mi imperial persona?

CHAMBELÁN.—Y públicas.

NERONCÍN.—Bien. A partir de ahora, yo me encargo de todo.

CHAMBELÁN.—Pero...

NERONCÍN.—¡De todo! (*Al* AÑA.) ¡Aña!

AÑA.—¿Qué?

NERONCÍN.—Desde hoy, pasas a formar parte de mis diversiones.

AÑA. (*Emocionada.*)—¡Oh, Alteza!

NERONCÍN.—Con cargo al presupuesto.

SUMILLER.—¡Protesto, Majestad, es mi esposa!

NERONCÍN. (*Transición, infantil.*)—¡Meee...! ¡Meee...!

SUMILLER.—Es decir, el ama de cría de Su Alteza.

NERONCÍN. (*En voz normal.*)—Entonces, ¡cállese!

SUMILLER.—Pero para poner a una persona en el presupuesto, habrá de contar primero conmigo.

NERONCÍN.—¿Por qué?

SUMILLER.—Soy el titular del departamento de tesorería imperial.

NERONCÍN.—De mi tesorería.

SUMILLER.—¡Mía!

NERONCÍN.—¡Mía!

SUMILLER.—No, no, estáis en un error. (*Mostrando la banda.*) Reparad.

NERONCÍN. (*Aplaudiendo muy contento, infantil de nuevo.*) ¡Una banda, Aña!

SUMILLER. (*Al* AÑA.)—¿Qué hago? ¿Debo quitármela? Bueno. (*Resignado, se quita la banda a regañadientes, la entrega a* NERONCÍN *y éste se la coloca inmediatamente*

como el resto de los distintivos.) No sé si os habéis dado cuenta, Majestad, pero me habéis dejado sin empleo.

CHAMBELÁN.—¿A vos sólo? ¡A todos!

NERONCÍN. (*Infantil.*)—¡Meee!

SUMILLER. (*Al* AÑA.)—¿Qué le pasa ahora?

AÑA.—Le dolerá algo.

CANCILLER.—A lo mejor es que le están saliendo los dientes.

NERONCÍN.—¡Quero que se vayan! ¡Quero que se vayan!

AÑA.—Ya lo han oído. Márchense.

NERONCÍN.—¡Y que no vuelvan nunca!

AÑA. (*Tranquilizando a* NERONCÍN.)—No te preocupes, rico. (*Metiéndolo en la cuna.*) Hala, a la cunita, que es muy tarde...

SUMILLER. (*Explotando.*)—¡Pero tú...!

AÑA. (*Indice en los labios.*)—Ssss... Silencio. Se ha dormido.

CANCILLER.—¿Sabéis lo que os digo, excelencia? Que algo debe haber salido mal en vuestro plan.

(*Los ministros, graves, cariacontecidos y arrugados, comienzan a desfilar, silbando y cantando el coro de los "Enanitos" de la película "Blancanieves".*)

LOS TRES.—A ca- a ca-
a casa a descansar
que aquí- que aquí
no hay nada que rascar...

(*Se interrumpen al pasar por el público, para pedir a alguno de los espectadores la octavilla que el* CHAMBELÁN *les diera, improvisando diálogos, en tono muy deprimido tirando puntadas, pero veladamente, a* NERONCÍN. *Reanudan el coro.*) **I go- I go, I go...**

(*Y desaparecen por alguna puerta del teatro, silbando tristemente.*)

NERONCÍN. (*Tras gemir un momento.*)—Aña.

AÑA.—¿Qué?

NERONCÍN.—¿Se han pirado?

AÑA.—Sí.

NERONCÍN. (*En voz y ademanes infantiles hasta el final.*)—Dame otro besito. (*El* AÑA *se acerca y* NERONCÍN *la besa y la abraza.*) Dime, ¿te gustaría convertirte en emperatriz de todas las Romas?

AÑA.—Caro, nenito, caro.

NERONCÍN.—¿De veras?

AÑA.—¿De veras?

NERONCÍN.—Pos mañana mismo, mando que le coten la cabecita a tu maridín.

AÑA.—Lo que tú quieras, rico.

TELÓN RÁPIDO

Colección

TEATRO SELECTO

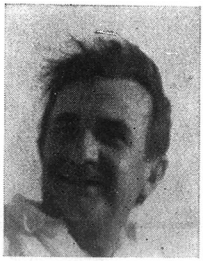
Obras escogidas de los mejores autores.

A 250 ptas. volumen.

Para su adquisición, en las principales librerías
o

Editorial Escelicer, S. A.

Comandante Azcárraga, s/n. MADRID (16)
Héroes del 10 de Agosto, 6, MADRID (1)



Manuel Alonso Alcalde, abogado y militar, nació en Valladolid en 1919. Casado y con tres hijos, reside actualmente en Madrid, tras veinte años de vivir en Ceuta.

En su palmarés literario cuenta con medio centenar de premios, entre los que destacan el "Sésamo", de novela corta, el "Internacional de cuentos", de Salamanca.

Como autor dramático ha sido galardonado a partir de 1960, con los premios "Ateneo", de Madrid; "Carlos Lemos", de Barcelona; "Ciudad de Barcelona", de dicha capital; "Ciudad de Montevideo", de Uruguay y, finalmente, con el "Lope de Vega", de Teatro del Ayuntamiento de Madrid.

Tiene publicados diez libros de poesía, novela y relatos breves. Es colaborador de la prensa diaria de Madrid y otras poblaciones, habiendo estrenado varias piezas dramáticas en Madrid, Barcelona y en T. V. E.

ESCELICER, S. A.